

armada, robustecer las fuerzas que los habían de destruir. Y prevaleciendo estas opiniones en la numerosa asamblea, se decidió, después de largos discursos, que el pueblo se conservase armado, y que se enviaran diputados á cumplimentar y á regalar á S. A. como *deber de cortesía*, manifestándole las quejas y recelos que obligaban á los napolitanos á no deponer las armas á sus pies.

No contentó á don Francisco Toraldo semejante resolución, y animado con el recuerdo del buen éxito que tuvieron dos días antes su presencia y sus palabras con las masas populares, montó á caballo, y ántes que se divulgara fué á recorrer los barrios bajos, para ver si podía sorprenderlos y hacerles consentir en la deposición de las armas. Empezó á trabajar con buenos auspicios á fuerza de arte y de buenas razones. Y ya dirigía la palabra á una masa considerable de pueblo que rodeaba su caballo, y que le oía con deferencia, cuando le ocurrió en mal hora servirse inopinadamente de un argumento *ad terrorem*, diciendo que era ya preciso avenirse á un pacífico acomodo, porque sino la armada, que era la más poderosa del mundo, podría muy fácilmente con una sola descarga de su artillería destruir la ciudad. Esta fanfarronada produjo grandes carcajadas, y tras de ellas tal repentino furor en la turba, que faltó muy poco para costarle caro al capitán general del pueblo.

También el Virey por otra parte, mientras valiéndose de la autoridad y astucia del consejero Miraballo, negociaba con los barones y grandes señores que se reuniesen y armasen, quiso probar la mano, y envió emisarios por todos los barrios de la ciudad á predicar el desarme, revalidando las juradas capitulaciones, ofreciendo nuevas mercedes, y asegurando que pondría tan estrechos á los nobles, que nada tuviese que temer de ellos el pueblo. Pero tales mensajes hicieron corto efecto, y se llevó á cabo lo resuelto en San Agustín (1).

#### CAPITULO X

Al día siguiente 3 de octubre fueron á bordo los diputados del pueblo para cumplimentar y regalar al jóven príncipe. Recibidos éste con grandes muestras de amor y de consideración, admitiendo con cordialidad los refrescos abundantes y exquisitos que le presentaron. Manifestáronle humildemente el lastimoso estado de la ciudad, que había tenido que apelar á las armas para libertarse de la total ruina á que la arrastraban, como al reino todo, los malos y codiciosos ministros, los insolentes y corrompidos nobles. Que por lo tanto no extrañara hallarlos con las armas en la mano, para defenderse de tales domésticos enemigos, pero de ningún modo para deservir de S. M.

Eludió don Juan sagazmente la cuestión, contestando con palabras generales; y despidió á los diputados contentos y satisfechos de la gallarda presencia y noble discreción de tan excelso príncipe. Pero mientras esto pasaba en la nave real, en ella y en las demás de la escuadra se derramaron varias personas del pueblo, so pretexto de vender chucherías, frutas, pan fresco y otros regalos; y examinaron cuidadosamente el estado de los bajeles, sus provisiones y aprestos, y sobre todo el número de tropas que trasportaban. Y vueltos á tierra publicaron en los corrillos el mal estado de la armada, la escasez de sus recursos, y lo corto de las fuerzas que la tripulaban y guarnecían. Estas fidedignas noticias hicieron su efecto, y empezó á decirse en todas partes sin reboso (como reñeren De Santis y Capececlatro, contemporáneos) que la armada era una vejiga llena de viento. Con lo que levantaron cabeza todos aquellos que al ver aparecer tales fuerzas habían desmayado; y avergonzados de su infundado temor, volvieron más feroces y encarnizados á oponerse á todo acomodamiento.

Sin embargo los españoles, y todos los que tenían que lamentar alguna pérdida ó insulto en los pasados desórdenes, ponderaban lo oportuno y decisivo del socorro, y lo seguro de su resultado para obtener reparaciones y venganzas. Y nadie más que el Virey, corto de vista en todas ocasiones, participaba de estas ideas; y ufano más de lo que la prudencia dictaba, ensoberbecido más de lo que su situación permitía, y creyéndose ya omnipotente, no volvió á pensar en el Cardenal arzobispo, ni en lo mucho que hubiera valido su influencia, tantas veces puesta felizmente á prueba, en aquellas nuevas circunstancias; pues sin contar para nada con él, y desdénando sus relaciones, se dedicó exclusivamente á acalorar y organizar la nobleza en favor de sus planes de rompimiento y guerra, y á dominar el ánimo del príncipe para que sirviese de ciego instrumento á su venganza.

Entre tanto don Francisco Toraldo, Désio y otros cabos populares, que deseaban de buena fe el restablecimiento del orden y de la autoridad legítima, y que viendo más claro que el Virey, no querían llevar las cosas al último extremo, prosiguieron en la reunión de San Agustín las negociaciones. Y lograron al cabo el que se decidiese en ella que deja-

se el pueblo las armas depositadas en un almacén de la plaza de la Sillería, situada en el centro de la ciudad, y que quedasen sólo seis mil hombres armados, para defender las capitulaciones, y asegurarse contra alguna intentona de los nobles, ó algún rebato de los bandidos. Razonable y de muy buen acomodo parecía este partido, y el mismo Toraldo con otras personas de cuenta fué á bordo de la Real á dar parte al señor don Juan de Austria de este acuerdo, que debía producir el más feliz resultado. Recibiólos el príncipe con benignidad y agasajo, y aunque no le disgustó el arreglo, como ya habían extraviado su buen juicio, no se atrevió á resolver. Y contestando en términos generales, sin aceptar ni rechazar la propuesta, les despidió honrándolos y acariciándolos con cordialidad; y despachó en seguida á su secretario Leguía á avisar de todo al Virey.

Este, no ya perplejo en sus decisiones y dócil á todas las exigencias, como lo era pocos días antes, sino resuelto, inexorable, decidió que no era de modo alguno aceptable la proposición de la junta de San Agustín; porque seis mil hombres armados eran suficientes para ser dueños absolutos de Nápoles, é imposibilitar toda autoridad. Mas ó porque no podía menos el Virey de manifestar siempre indecisión, ó porque quiso obrar con más apoyo, determinó tomar sin pérdida de tiempo consejo de personas sensatas para su definitiva resolución. Ciertamente no comprendemos cómo el que quería con la fuerza de la armada poner en brida ciento cincuenta mil hombres aguerridos y ya en rebelión abierta, hallaba tanto peligro en sólo seis mil, y después de haber hecho todo el pueblo un acto positivo de sumisión.

Celebró pues el duque de Arcos al día siguiente una consulta poco numerosa, y á la que cuidó de convocar á las personas que habían de apoyar su pensamiento. Pero no pudo eximirse de Cornelio Spinola, el negociante genovés, que como dejamos escrito, aconsejó tan á tiempo la abolición de la gabela sobre la fruta, origen de los acontecimientos que vamos narrando. Entablada la discusión, este hombre prudentísimo, que conoció la propensión de la asamblea á adoptar medios violentos, manifestó con moderación y gravedad que no los juzgaba convenientes, cuando se presentaban otros no despreciables. Que no era tan fácil como se suponía el sujetar á viva fuerza la sublevación armada y aguerrida. Que los medios con que se contaba no eran bastantes para tan ardua empresa; pues aunque la artillería arrasase la ciudad, no se lograría más que arruinar casas y palacios. Y en fin que el saber acomodarse á las circunstancias, y sacar partido del amor y del respeto que inspiraría la presencia del príncipe real, podría tener más ventajoso resultado. — El capitán de la guardia del Virey, que asistía á la junta, caballero español, jóven y acalorado, impaciente con el discurso del sesudo anciano, lo atajó con viveza diciendo: que la empresa no era tan difícil y costosa como la pintaba el miedo, y que el humo de los cañonazos bastaba para acabar con la sublevación. Que se recordara lo que había sucedido en tiempo de don Pedro de Toledo, cuando el tumulto contra la inquisición; y que bastaron entónques tres mil españoles para sujetar y escarmantar á Nápoles revuelta. — Repúsole Spinola con acento tranquilo y modesta sonrisa, que aquellos eran tiempos muy diferentes. Que entónques vivía y reinaba un Carlos V, de tanto prestigio en el mundo, que á su nombre solo se postraba el universo. Que entónques tenía la ciudad de Nápoles la cuarta parte de población que al presente, y sólo quinientos mil hombres sobre las armas: los que fueron vencidos no con tres mil, sino con diez mil españoles y cincuenta galeras. Y que á pesar de todo la inquisición no se estableció (2).

O hicieran impresión en el ánimo del duque de Arcos las razones del Spinola, ó aunque ya resuelto y decidido por la guerra, le asombró, como sucede á los caracteres débiles, su propia resolución, y aun luchaba con el estorbo de la habitual perplejidad; pues disolvió la reunión sin que nada quedara decidido, y dispuso que se celebrase otra muy numerosa en San Agustín. En ella manifestó por medio de sus comisionados, que el príncipe hijo del Rey no podía ni debía venir á tierra, hasta que los napolitanos todos despusiesen las armas á sus pies. Gran tormenta levantó en la asamblea esta manifestación, que rechazaba completamente el medio conciliatorio propuesto al mismo príncipe; y entablóse una refida y larga discusión. Los partidarios del Virey, apoyados por los que anhelaban reposo y tranquilidad á toda costa, juzgaron aceptable la condición, aunque con ciertas cortapisas; pero los que tenían intereses creados que sostener, ó justos temores que considerar, levantaron el grito en contra, apoyados y sostenidos por los revoltosos y por el clamoreo de la turba popular, que circundaba el convento, pidiendo guerra y anhelando combatir. Dejó como astuto el teniente Désio desfogar la borrasca, y en un sagaz discurso, sin declararse partidario de unos ni de otros, y sin aceptar ni rechazar la

proposición del Virey, manifestó que era insostenible el estado á que habían llegado las cosas: que no era decoroso tener al hijo del Rey relegado en los bajeles; que el pueblo armado seguía cometiendo tropelías inauditas, y faltando abiertamente á la capitulación: que la insubordinación de Genaro Anese y de otros cabos populares, que continuaban almacenando pólvora en el torreón del Carmen y trabajando en las fortificaciones, no se podía tolerar; y que era necesario para el bien común dar fin á tantos desórdenes y avenirse á la razón. — No pudo acabar su discurso, que no dejaba de ir causando buen efecto. Las voces de Palumbo, Panarella, Caffiero y otros, que no sólo con descompuestas palabras le interrumpieron, sino que lo atacaron furiosos con dagas y puñales, le obligaron á ponerse en salvo para huir de una muerte cierta. Refugióse en la sacristía, y alejóse luego de San Agustín para ponerse á buen recaudo (3).

Otra reunión se verificó al anochecer en palacio presidida por el Virey, donde se mostró éste más conciliador y razonable de lo que solía, pero nada se resolvió en ella. Y en seguida en un consejo privado á que asistieron sólo el general don Vicente Tuttavilla, el visitador general del reino, el acalorado capitán de la guardia, y los pocos jefes populares de entera confianza, se volvió á ventilar el negocio, y se decidió definitivamente apelar á la fuerza. El Duque creyó así á cubierto su responsabilidad, y para más asegurarla hizo extender un acta prolija, firmada por cuantos estaban presentes. Verificóse así aunque Tuttavilla, ántes de firmar, expuso algunas juiciosas observaciones sobre lo poco que se debía fiar en las ofertas de los nobles, que contaban con escasos recursos, y que no tenían ya tanta influencia como se imaginaban; y sobre la poca fe que merecían las seguridades de los jefes populares, que brindaban con la cooperación de una fuerza, que acaso no encontrarían disponible ni decidida en el momento del conflicto. No se tomaron en cuenta estas reflexiones, firmó pues el documento, y al hacerlo aconsejó que ántes de todo se asegurase la persona de Toraldo, porque iba á ser un obstáculo de mucha gravedad. Dijo el Duque que Toraldo estaba ya escamado y sospechoso, y que sería difícil hacerse con él, porque no vendría ni al palacio ni al castillo aunque se le enviara á llamar. Replicó Tuttavilla que no se resistiría á ir á la nave real si el príncipe lo convocaba, y que podía arrestarse á bordo: debiéndonos hacer lo mismo con el electo Arpayá, que fingiéndose partidario del orden y celoso servidor del Rey, era el que más acaloraba la sublevación y el que más imposibilitaba todo arreglo.

Determinado así, fueron á deshora á la Capitana el Virey y el visitador general para obligar al príncipe á que llamase á Toraldo. Hizolo, mas este ó porque algún aviso secreto le advirtió del peligro, ó porque temió desconfiar al pueblo, que lo observaba cuidadoso, yéndose á bordo á tales horas, ó porque juzgó prudente evitar en aquellas difíciles circunstancias todo compromiso, no acudió al llamamiento. Entónques se trató decididamente de desembarco y de ataque, haciendo con pluma y papel mil sonados cálculos de las fuerzas populares que se unirían á las tropas, y las guardarían las espaldas y asegurarían el triunfo. Con lo que don Juan, jóven inexperto, y sus consejeros no bien informados del estado de las cosas, accedieron completamente á los intentos del obeccado Virey. Decidióse pues que desembarcaran aquella misma noche con sigilo en el arsenal dos mil y quinientos hombres; que el teniente Désio aprovechando los momentos avisase á los confidentes y partidarios, y aprestase con recato las fuerzas populares que habían de ayudar á la operación; y que esperaran todos para obrar la señal que daría la torre del homenaje de Castelnuovo, adonde se retiró el Virey ántes de amanecer, llevándose consigo al secretario de S. A.

#### CAPITULO XI

No encontró Désio tan bien dispuestas como se creía las gentes con quienes se contaba. Y advirtió además que el pueblo, ó bien por instinto, ó por haber barruntado lo que ocurría, pasó la noche toda muy vigilante, fortificándose con zanjas y reparos, y acrecentando sin estrépito los repuestos de armas y de municiones. Estas noticias no agradaron mucho al Virey, y despertando algún tanto su perplejidad le obligaron á reunir nuevo consejo. Mas ya estaban las cosas muy adelantadas para retroceder, y se decidió llevar á ejecución el proyectado y dispuesto ataque; pero que ántes de romperse las hostilidades se atrajesen con cualquier pretexto á Castelnuovo al electo Arpayá, á los dos hermanos Caffieros, á Salvador Barone, al secretario de Polito, á su sobrino Battista, á su hijo Fr. Hilario, á Gregorio Accieto, y á algunos otros de los que acaloraban al pueblo, y que eran más capaces de dirigirlo y de tomar oportunas disposiciones de defensa. Enviáronles astutos mensajeros, cayeron en el lazo, y se presentaron casi todos en el casti-

llo. Ya estaba instalado en él (pues no se perdía el tiempo) el consejo de guerra que los debía juzgar: tomáseles declaración sin demora; confesaron atemorados y sin apremio, que á instigación de Palumbo y de Genaro Anese, se disponían á sorprender la noche venidera los puestos altos de la ciudad, y á empezar desde ellos la agresión, combatiendo los castillos y cañoneando la armada, y que hacia días estaban en correspondencia con el marqués de Fontenay, esperando una gruesa armada francesa. Convictos de traición, fueron inmediatamente sentenciados y condenados á muerte, y sin más esperar ejecutados: salvándose sólo Fr. Hilario Polito, para tenerle como en rehenes, y Francisco Arpayá. De este exigió en el acto el Virey, que como *electo del pueblo* le pidiera en nombre de la ciudad la ocupación á viva fuerza, cual único medio de restablecer en ella el orden y el sosiego. Resistióse el magistrado popular, con una energía digna de un hombre de mejores antecedentes, á autorizar aquella agresión, que tenía todo el carácter de venganza. Y dice la historia, que indignado el Virey de aquella noble repulsa, prorumpió en frases y aun se propasó á acciones indignas de su alta jerarquía, de su madura edad, de su elevada posición. El pobre Arpayá fué sumido en un calabozo, trasladado después á Cerdeña y de allí á España, donde un tribunal lo condenó al presidio de Oran, en el que murió ó los pocos años (1).

A media mañana del día 5 de octubre, los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de Castelnuovo se dispararon, y corrieron desbocados y sin cochero hacia la calle de Toledo, atropellando á la multitud y causando espanto general, desorden y confusión, aprovechando lo cual, mandó impetuosamente el Virey salir un tercio de españoles gritando: *viva el Rey, vivan las gabelas*. Emarboló en la torre del homenaje la señal de arremeter, y en medio del trastorno general envió un mensaje al Arzobispo, con quien para nada contaba hacia ya muchos días, encargándole mandase inmediatamente manifestar en las iglesias el Santísimo Sacramento, y hacer rogativas por el buen éxito de las armas del Rey. Indignóse el Prelado, y contestó que jamás prostituiría así su santo ministerio, ni demandaría los socorros espirituales en favor de una venganza atroz é inaudita; repulsa que no dejó de atemorizar al Duque, casi arrepietido, pero ya tarde, de su resolución.

El pueblo, que aunque esperaba el ataque no lo creía tan inmediato, aterrado y sobrecogido huyó delante de aquellas fuerzas que lo atropellaban todo, y aunque acudió á la defensa de sus puestos, lo hizo en desorden y con flojedad. Nuevas tropas españolas salieron del castillo, tras de las que marchaban triunfantes por la calle de Toledo, y dividiéndose unas y otras en pelotones, mandados por bizarrísimos oficiales, ejecutaron un plan muy bien combinado de antemano, atacando á un tiempo los puntos más importantes de la ciudad, y apoderándose de ellos con poca pérdida y escasa resistencia. Las fosas del grano, el almacén de aceites, la aduana de la harina, el hospitaletto, la cartuja de San Martín y Pizzo-falcone, quedaron pronto en poder de los españoles; y los populares, arrollados en todas partes, sin tener ya dónde repararse y hacer resistencia, y habiendo perdido muchos de sus jefes, unos muertos en la refriega, otros apresados y conducidos á Castelnuovo (como aconteció á Andrea Polito, el famoso inventor de la mina de Santelmo, que fué inmediatamente ahorcado y expuesto su cadáver en las almenas) (2), huían despechados sin saber cómo evitar su exterminio.

Pero las fuerzas españolas, tan escasas en número y esparcidas así por la ciudad, no tenían en ningún punto de ella gente bastante para extenderse por los barrios circunvecinos y darse la mano. Y quedando diseminadas y aisladas en los distintos puntos que habían ocupado, pensando sólo en mantenerse en ellos, dieron tiempo para reponerse de su primer espanto al pueblo, tan práctico ya en los combates, y para que con aquel aliento que da la desesperación, tratara no sólo de defenderse de tan inesperada acometida, sino de recuperar con un valor desesperado las ventajas que una sorpresa le acababa de quitar.

Tocóse á rebato en toda Nápoles, y toda ella se alzó como un solo hombre en defensa de sus hogares, ansiando venganza de sus opresores. Los miseros que, partidarios del orden y de la paz, se habían mostrado deseados de un acomodamiento, volvieron indignados á las armas y volaron á la pelea; y aparecieron de repente, como si brotasen de la tierra, masas populares, unidas y resueltas, componiendo más de cincuenta mil hombres bien armados y decididos, que cayeron de un golpe y á un tiempo, despachando con tanta facilidad habían ganado los puntos que con tanta facilidad habían ganado los españoles. Estos, viéndose á su vez tan vigorosamente atacados y por tan considerable número de enemigos, se defendieron esforzadísimo sin cejar un paso; pero con las señales convenidas pi-

(1) De Santis.  
(2) De Santis. — Capececlatro, MS.

dieron socorro á Castelnuovo. Mas ¿cómo podía mandárselo el Virey, si había dispuesto de todas las fuerzas, y no había dejado ninguna reserva?... Envió órden á los castillos y á la armada para que rompiesen el fuego de cañon contra la ciudad. Encarnizadísima andaba la pelea. Santelmo, Castelnuovo, Castel del Ovo, y las galeras, avanzando sobre la playa de la Marinella, empezaron á jugar su artillería con un espantoso estruendo, que retumbando en torno, esparcía el terror y la confusión por toda la comarca.

El señor don Juan de Austria, en el alcázar de la capitana, presenciaba con dolor el estrago. Y como viese en todas partes apretados á los españoles, sin ser socorridos ni ayudados por nadie, exclamó varias veces con desconsuelo: *¿Y dónde están los veinte mil hombres del pueblo, que debían ayudarnos? ¿Dónde están (3)?* Reconvencción amarga al Virey y á sus consejeros, que con falsos cálculos lo habían decidido á un paso que repugnaba á su corazón.

Combatábase en toda la ciudad con tesón y encarnizamiento. Los españoles, aunque al cabo fueron arrojados de algunos puntos, resistían con valor heroico el empuje de las inmensas masas populares que los ahogaban. El pueblo irritado con la ruina que las balas y bombas causaban en el hermoso caserío, peleaba rabioso y sediento de sangre. En las fosas del grano fué donde la pugna estuvo más empuñada. Dos veces perdieron y recobraron tan importante puesto los españoles, y al cabo quedó en poder de los napolitanos, que incendiaron el grano allí almacenado, no pudiéndolo retirar oportunamente (4).

El teniente Désio se había quitado la máscara, y decididos abiertamente por el Virey; y con los pocos restos del pueblo, que aun seguían ciegamente la causa española, hizo prodigios de valor aquel día, ocupando el barrio de Mortelle.

El fuego de la armada causaba gran daño en el barrio del Lavinario y en el del Mandaracho. Pero la artillería del torreón del Carmen, donde mandaba Genaro Anese, causaba en las naves considerable avería. Y aunque don Juan hizo desembarcar quinientos hombres, última fuerza que quedaba á bordo, no conseguirían más que aumentar la reputación de su bizarría, teniendo, con pérdida notable, que replegar al cabo sobre Castelnuovo. Y los bajeles, ya desgarnecidos y muy mal parados, lo hicieron detrás de Castel del Ovo, prosiguiendo desde allí á cubierto sus tiros contra el barrio y las marinas de Chiaja.

Mandaba aquel desastroso día todas las fuerzas españolas el general de artillería Batteville, noble borgoñon (5), que como dejamos dicho, había venido acompañando al príncipe en calidad de consejero. Y no acertamos la causa porqué no las mandó en persona el mismo duque de Arcos, como parece que hubiera convenido más á su reputación; y las confió á este caballero, famoso militar sin duda, pero que no conocía la ciudad, ni el carácter peculiar de aquel género de guerra. La falta de estos conocimientos indispensables aumentó grandemente su embarazo, tanto que hallándose con un número de enemigos superior al que había calculado, con continuos ataques mucho más ordenados y vigorosos de lo que esperaba, y con tan escasas fuerzas diseminadas en posiciones que no conocía, se arrepietió de haberse fiado de los planes del Duque y de haberse plegado á sus exigencias; por más que como bueno, y apoyado en el esfuerzo y disciplina de sus tropas, no cediese un punto, y corriendo de uno á otro lado con actividad suma tomase las más acertadas disposiciones para no perder los puestos ocupados y para recuperar los perdidos.

Don Francisco Toraldo en su anómala y delicadísima posición, si de verdad anhelaba la paz y el mejor servicio del Rey, como lo demostraba cumplidamente en las conferencias; trabada la lucha se dejaba llevar de su instinto de leal caballero y de valiente soldado, y dirigía las operaciones sin engañar á los que se habían puesto en sus manos; y como militar entendido y experimentado ponía en muy duro aprieto á los españoles.

El continuo tronar de tanta artillería, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritaría de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres que corrían, en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano dónde refugiarse; el són de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantoso rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destrucción completa de su hermosísima capital. En unos el terror obligó á decidirse por los españoles, cuyo triunfo se juzgó asegurado; en otros el patriotismo hizo empuñar las armas á sus habitantes, para volar decididos á socorrer á Nápoles, ó á perecer entre sus

(3) De Santis.  
(4) Capececlatro, MS. — Donzelli.  
(5) Capececlatro, MS. — De Santis. — Agnello de la Porta, MS.

ruinas. Llegó también en pocas horas, si no el rumor, la noticia vaga é inexacta de lo que pasaba en la ciudad, á la de Benevento, donde los nobles de más valía, entre ellos el famoso duque de Maddalona, reunidos bajo la inspiración del consejero Miraballo, trataban de socorrer al Virey. Y reuniendo repentinamente las fuerzas allegadas que habían levantado, y repartiéndose los mandos de ellas, salieron á campaña para cortar los viveres á la sublevación, é impedir los socorros que de las provincias pudiera recibir; y enviaron un mensaje al Virey, pidiéndole nombrase un general entendido, que los dirigiera y gobernara (6).

Declinaba la tarde y continuaba más encarnizada la pelea: en ambas partes se hacían portentos de valentía, sin decidirse por ninguna la victoria. Y ni las sombras de la noche, oscura y borrasca, pusieron término al combate y á la matanza, habiendo sido aquel funesto día uno de los más espantosos que ha pasado ciudad alguna, y en que á más alto punto hayan llegado la furia y la tenacidad de encarnizados enemigos.

#### CAPITULO XII

Continuó al siguiente la pelea con el mismo ardor, con la misma incierta fortuna. El pueblo, reforzado con gente armada de los lugares circunvecinos, que habían abrazado resueltos, por un instinto vago de nacionalidad, el partido de la sublevación, se había engrosado considerablemente; y para asegurarse el dominio de una parte de la ciudad, determinó apoderarse del importante puesto de Jesus-Maria, donde se habían hecho firmes los españoles. Arriesgada y difícil era la empresa; pero como las fuerzas populares estaban muy bien dirigidas por viejos soldados napolitanos que, sirviendo al rey en Flandes, en Lombardia y hasta en América, se habían acostumbrado á la guerra y conocían todas las reglas del arte, ningún riesgo ni dificultad les arredraba. Multiplicaron con denuedo y resolución los ataques á aquel punto fortificado, embistiéndolo con maestría suma; pero siempre se estrecharon en el valor de los defensores. Buscábase un medio de llevar á cabo el intento, y don Francisco Toraldo propuso la construcción de un mantelete con ruedas que facilitara la operación. Hizose á toda prisa, pero resultando pesado, embarazoso y de mal efecto, se alborotó el pueblo, diciendo que era traición del general para entretenerlo y dar respiro á los enemigos. Acaloraron la idea los que miraban de mal ojo á Toraldo, y se dispuso tumultuosamente, ya que no deponerlo, como algunos exigían, darle por teniente, ó con este nombre por verdadero superior, un hombre de más confianza. Y quedó elegido teniente de maestro de campo general, puesto vacante por la abierta defecación de Désio, Jerónimo Donnarumma, vendedor de hortaliza y pariente de Masaniello (7).

Desistióse por entónques del ataque á Jesus-Maria, pero fueron embestidos otros puestos también de importancia: unos resistieron gallardamente, otros, siendo en vano la más obstinada defensa, tuvieron que rendirse, y los prisioneros fueron bárbaramente despedazados por el pueblo, indignado más que atemorizado con el bombardeo de la ciudad, que no cesaba un momento.

El día 7, queriendo Donnarumma acreditar su aptitud para el mando, determinó atacar la aduana de la harina, ocupada desde el principio por los españoles, y fortificada con una estacada, un pequeño foso y parapetos de fagina. Mas conociendo la dificultad de sobrepasar estos reparos al descuberto, inventó la siguiente estratagemata. Reunió un gran número de búfalos montaraces, y acosados y mordidos por perros de presa, los encaminó de modo que derribando ciegos las estacas, salvando el foso y descomponiendo el parapeto, desordenasen la tropa. Y lo consiguió todo como se había propuesto, arremetiendo denodadamente detrás de aquellos animales feroces, y apoderándose del punto sin dificultad. Grande fué la matanza de españoles en él, y los pocos que salvaron la vida lo debieron á que, tirándose á la mar, ganaron á nado el castillo (8).

Despechado el Virey con esta desgracia ocurrida delante de sus ojos, mandó salir la escasísima guarnición de Castelnuovo, para recobrar aquel importante puesto y escarmantar á los vencedores; pero muy luego tuvo que retroceder con pérdida considerable, porque el pueblo, apoderado de las casas vecinas, le atajó el paso con un fuego muy nutrido desde los balcones y azoteas.

Aquel día recibió la sublevación considerables refuerzos de la Cava, Nocera, Pagani y San Severino; pero los que venían de otras ciudades más lejanas fueron detenidos por la caballería de los nobles, que corría la campaña.

El cansancio iba haciendo ya no tan activa la pelea. Y don Francisco Toraldo, despechado y con-

(6) Capececlatro, MS. — Parrino.  
(7) De Santis.  
(8) Capececlatro, MS. — De Santis. — Raph. de Turris.

(1) De Santis. — Capececlatro. — Raph. de Turris.

(2) Raph. de Turris.

(3) De Santis.

